



**Armando Chaguaceda Noriega** es un politólogo e historiador cubano; especializado en el estudio de la sociedad civil y el régimen político en Cuba y en varios de sus aliados del ALBA. Chaguaceda ha sido parte, en su país natal y en Latinoamérica, de diversas organizaciones y redes de activismo, alrededor de una perspectiva progresista pero antiautoritaria. Es miembro de Amnistía Internacional y profesor de la Universidad de Guanajuato (México).

**Después de décadas de aislamiento, Cuba regresa a la OEA y recibe las visitas del Papa Francisco y el presidente de EEUU. ¿Piensa que esta suerte de “apertura al mundo” tendrá algún correlato en el corto o mediano plazos en términos de apertura política y recuperación de libertades?**

No lo creo. Porque como lo demostró el gobierno cubano con sus acciones durante la visita de Obama, sus dirigentes siguen defendiendo la idea de un partido único y de la ilegalización de la oposición; en particular el castigo a su presencia en la calle ya que, como dice el discurso oficial cubano, aquella “es para los revolucionarios”. El ejercicio de todos los derechos, pero sobre todo el de organización y manifestación, sigue siendo limitado. Y la maquinaria represiva del Estado sigue intacta. O sea, desde el punto de vista de la vocación oficial creo que no hay un cambio sustantivo.

**¿No había expectativas de parte de las organizaciones de la sociedad civil cubana de que esto produjera algún cambio?**

Ante todo, hay una aceptación por la mayor parte de la opinión pública internacional, de las organizaciones internacionales de derechos humanos y de la oposición cubana de que la política de embargo/bloqueo (“embargo” según el argot legal usado por casi todo el mundo; “bloqueo” para la propaganda cubana) no ayudaba al pueblo cubano: afectaba la vida de la gente, legitimaba el discurso del gobierno y no cambiaba en nada la situación de la oposición. Pero no creo que nadie sensato se haya hecho ilusiones en términos de que la política de acercamiento de EEUU y las acciones de Obama para ir desmontando el embargo llevaran al gobierno cubano a disminuir el control político. En todo caso, eso podría habilitar nuevos escenarios si hubiera un mayor involucramiento de otros actores: gobiernos de la región, organizaciones internacionales, etc. En otras palabras, si se “desamericaniza” y “desgobierniza” el centro del apoyo a la lucha por los derechos humanos en Cuba, sustituyéndolo por un apoyo internacional y ciudadano.

*¿Cuándo fue que se consolidó esta situación de no vigencia de las libertades en la cual usted no advierte cambios relevantes?*

El régimen se configuró en los tempranos años '60, y se constitucionalizó en 1976 con una Constitución de corte soviético, con reformas en 1992 y 2002. Los derechos ciudadanos y las libertades públicas están formalmente reconocidos en la Constitución, pero quedan restringidos a la defensa del Estado socialista. En el año 2002 se introdujo una cláusula-candado, que establece básicamente que el sistema es intocable. Las reformas de Raúl Castro no alteraron el régimen de partido único con oposición ilegalizada y derechos muy limitados. ¿Qué ha cambiado entonces? Ha habido menos presos políticos a partir de una labor de excarcelación realizada por la Iglesia, pero ésta también ha sido una mediación

cuestionada porque en varios casos se ha prácticamente forzado a los excarcelados a exiliarse. Sobre una población penal de unos 70 mil reclusos, la cifra más o menos seria, reconocida, es de unos 70 presos políticos. A ello se suman miles de detenciones breves, que no resultan en causas penales sino que el detenido es liberado en días u horas; estas detenciones suelen incluir cierta violencia física, porque son usadas para interrumpir protestas en las calles o incluso actividades en casas de opositores que funcionan como lugares de encuentro del movimiento disidente. Este último modus operandi –detenciones breves y ligadas a la represión en el espacio público y las sedes opositoras- ha aumentado en la misma medida en que han aumentado el descontento social y crece el trabajo de la oposición.

**La naturaleza del régimen político no ha cambiado, pero hay más activismo y movilización. ¿A qué se debe este aumento del activismo, si no se ha abierto ninguna ventana de oportunidad en el régimen?**

Hay mucho descontento. La composición del activismo ha cambiado. Los primeros grupos de derechos humanos eran intelectuales urbanos, muchos blancos, algunos procedentes del Partido Comunista... personas que habían formado parte del sistema y luego se habían desencantado. Hoy la oposición se ha diversificado. Hay por ejemplo una organización llamada Unión Patriótica de Cuba, que tiene una red nacional de varios miles de miembros y que todas las semanas hace acciones de calle acompañadas de labores de asistencia social. Ello te habla de nuevos sujetos que conectan con los clásicos beneficiarios de la Revolución: gente negra, pobre, del campo, a las que las políticas sociales llegan hoy poco y mal. Y esa gente está combinando el reclamo de derechos civiles y políticos con acciones en el terreno de lo social. La misma situación que dio origen a estas organizaciones es la que explica el aumento increíble de balseros, de gente que atraviesa las fronteras de América: gente que, como hubiera dicho el economista Albert Hirschman, está votando con los pies.

**¿No puede verse en ese activismo alguna perspectiva de cambio de la situación política?**

Todo esto ocurre a pesar de la voluntad del Estado: no está habiendo realmente ningún proceso de liberalización o de apertura desde arriba. Ciertamente, el hecho de que haya toda esta gente pensando, escribiendo blogs, movilizándose, podría tener un efecto acumulativo, pero no hay que olvidar que sigue habiendo una enorme maquinaria de represión y control. La situación es kafkiana: hay cientos de agentes de civil todo el tiempo en la calle. En lugares emblemáticos te das cuenta de ello: cuando tres o cuatro manifestantes hacen una protesta y la graban (porque el aumento del acceso a Internet, aunque todavía muy deficiente y restringido, ha permitido a los activistas hacer más visible su trabajo) puedes ver que enseguida sale un grupo de agentes vestidos de civil, que está permanentemente en lugares neurálgicos de La Habana y las capitales provinciales, para impedir cualquier acto público. En suma: hay más descontento y los grupos más de base han crecido en número de adherentes, pero falta mucho todavía para que haya un movimiento social que obligue al gobierno a abrirse.

**En vistas del fracaso de las políticas que muchos países y actores internacionales han desplegado hacia Cuba a lo largo de décadas, ¿cuál cree debería ser la respuesta de la comunidad internacional en el escenario actual? Más precisamente, ¿cómo pueden los actores internacionales –redes regionales, movimientos de derechos humanos- contribuir a regenerar el espacio cívico en Cuba?**

La oposición cubana tiene muchas posturas, pero hay que recalcar que es una oposición pacífica. Hubo en el pasado, en los años '60, una oposición que cometió atentados terroristas y violaciones de los derechos humanos, pero ya no es así. La actual es una oposición sociológica e ideológicamente nueva, nacida en los años '80, que usa métodos pacíficos; una

parte de ella incluso apela a la constitucionalidad vigente para cambiar el régimen “desde adentro”. Los exponentes más lúcidos de esa oposición reconocen que necesitan una verdadera internacionalización de la solidaridad. Porque actualmente su activismo genera, desde la sociedad civil transnacional, dos clases de respuestas. Una es la que dan organizaciones como Amnistía Internacional, Human Rights Watch, etc., que dicen con claridad en sus informes y en sus pronunciamientos públicos que en Cuba se violan los derechos humanos, que no hay Estado de derecho, que no hay ni siquiera una democracia de mala calidad, ni siquiera un régimen híbrido. Por el otro lado, en el universo de OSC de América Latina -muchas de las cuales tienen un origen de izquierda en la lucha contra las dictaduras sudamericanas, y también en el caso de México- algunas tienen una posición muy ambivalente, cuando no negativa, respecto a sus homólogos cubanos. Repiten, con el gobierno cubano, que los opositores son “mercenarios del Imperio” o simplemente los ignoran. Conozco organizaciones y activistas de derechos humanos de América Latina que tienen inspiración progresista y hacen una meritoria labor en sus países, pero continúan reticentes a reconocer como legítimo el trabajo de sus pares en Cuba. Ni siquiera se toman el trabajo de explorar, de averiguar, de conocerlos: su “solidaridad con Cuba” es en realidad con el gobierno, no con la ciudadanía cubana. Así, esos activistas, intelectuales y organizaciones latinoamericanas dejan a los opositores cubanos desprovistos de solidaridad y de apoyos, lo que los orilla a aceptar ayuda y financiamiento de otras fuentes, tales como fundaciones o agencias gubernamentales de Estados Unidos y Europa –un apoyo que tal vez no necesitarían si tuvieran una fuente más autónoma de financiamiento.